

*Tú no sabes aún la angustia, el miedo
y el dolor sin final de quien desea.*

Pero al mundo del poeta—culpa universal de sus desvelos—le queda una salida:

La única esperanza fué dominar las horas.

Y después:

Dios está desde sí velando en cada cosa.

Finalmente, el poeta entra en el árbol de la esperanza donde el tema de Dios alienta sus postreros suspiros de soledad y tristeza:

*—de quien espera como espero yo,
donde siempre, y por siempre y hasta siempre.*

Y este esperar, parece el único consuelo de su alma atormentada:

...Mirando enfrente, hacia la nada.

Gonzalo Sobejano es un gran poeta. Después de la lectura de su primer libro lanzado al público, hemos confirmado aquel juicio que un día nos formamos, cuando alumno de esta Universidad, recitaba versos en los que demostraba un deseo de ascensión hacia algo vago, absoluto, hacia lo poético. Hoy le queda camino que recorrer, porque de él esperamos mucho más; sino fuera por esto último, Gonzalo bien podría darse por contento, porque ha triunfado.

Buscar filiación a su obra, nos parece tarea difícil y más que esto peligrosa. Sobre un fondo original—que a veces nos produce amargor—ha recogido lo que al poeta no se le puede nunca tachar: el producto de sus lecturas. De si Poe, Antero, Rosalía, Bécquer, Machado, Carducci y otros le influyen, es cosa accesoria: todos son altos poetas y también lo es Sobejano. El conoce la poesía contemporánea y algunos autores a fondo, y esto es precisamente de lo que precisan algunos poetas ya consagrados. Gonzalo es un poeta original; profundo, cuyo temperamento poético, opera con su estado del alma para ofrecernos el fruto sazonado de su producción.

La edición, preparada por la Imprenta Provincial, a cargo del Patronato de Cultura de la Exema. Diputación Provincial, bien presentada y tipográficamente lograda. Va paginada en 4.º y al principio lleva un dibujo a pluma de Gallardo.

J. Barceló

Rafael Lapesa.—HISTORIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA. Segunda edición corregida y aumentada. Un volumen en 8.º mayor de 383 páginas. Escelicer, S. L. Madrid, etc. [1950].

Dentro de la fecunda década lingüística que acabamos de vivir en España y del propicio ambiente que seguimos viviendo extrañaba ya la falta de una puesta al día de los estudios históricos de nuestra lengua. Los manua-

les de Oliver Asín y Lapesa quedaban ya lejanos. A cubrir esa evidente necesidad viene ahora—a los ocho años de su primera edición que prologó Menéndez Pidal—esta segunda, corregida y aumentada de la «Historia de la Lengua Española», del catedrático y académico D. Rafael Lapesa. «He procurado incorporar al texto las aportaciones de la investigación en los últimos años; he revisado mis puntos de vista en cada cuestión y he ampliado las citas bibliográficas», nos dice su autor en la sucinta advertencia preliminar. Vamos, brevemente, a hacer un análisis del contenido global de la obra—idéntico en las dos ediciones—, con una consideración especial a las correcciones y ampliaciones introducidas.

En diecisiete capítulos de condensada literatura se plantean y resuelven—en ocasiones no llegan más que a esbozarse—los problemas peculiares de nuestra lengua, a la luz de las más recientes investigaciones. Tres partes bien definidas se pueden distinguir en la obra: la que se refiere al español prclitearrio—génesis y engarce de sus elementos constitutivos, con el latín como tronco fundamental— (caps. I a VII); la principal y amplia del español literario (caps. VIII a XIV), y, por último, el español que podríamos llamar dialectal o regional, dentro del panorama actual de nuestra lengua (caps. XV a XVII).

Así, tras un capítulo (el I) dedicado a las lenguas prerromanas—iberos y celtas, pueblos colonizadores y problema del vasco, con sus influjos directos en el léxico o a modo de sustrato en la fonética posterior—se pasa a estudiar el latín (caps. II y III) con el cuidado y extensión que requiere el elemento primordial de nuestro romance, y allí se ve todo el proceso de la romanización y las características fonéticas, morfológicas y léxicas del latín vulgar de los dominadores y del peculiar de Hispania, moldeado por sustratos y condiciones étnicas de sus hablantes. Los dos capítulos siguientes (IV y V) tratan del rastro lingüístico que dejaron en España los conquistadores post-romanos: germanos y árabes, mientras que el incipiente romance ve dificultadas sus relaciones con el resto de la Romania, y tiene que evolucionar por propia tendencia, al mismo tiempo que nuevos elementos pasan a engrosar su caso potencial extra-romano.

La urdimbre ligüística que se va tejiendo a lo ancho y largo de la Península—en contacto o al margen de los árabes que la dominan casi por completo—, al conjugar los elementos de que se dispone en los siglos que van desde la invasión musulmana hasta la fijación del idioma en los primeros monumentos de la literatura, es objeto de estudio en los capítulos VI y VII. Los rasgos dialectales se van apuntando y la cuña del castellano avanza, siguiéndose en la descripción las directrices marcadas en «Orígenes del Español», así como trabajos del autor (los magistrales estudios de los Fueros de Avilés y Madrid, etc.).

Al servicio ya de una literatura que empieza a fijarse en textos en el siglo XII—aunque antes existiera en la tradición oral—vemos al castellano desarrollarse con pujanza, adquiriendo pronto el rango de lengua nacional y haciendo realidad, en manos de nuestros místicos, la frase famosa de Carlos V de que «era la lengua para hablar con Dios».

El español de la Edad Media (caps. VIII-IX), el de transición al humanismo (cap. X), el de los siglos de Oro (o de la Edad de Oro, mejor que del



«siglo de Oro» como se llama en los capítulos XI a XIII), y el moderno (siglos XVIII y XIX, del cap. XIV) surgen de la pluma del Sr. Lapesa con admirable elegancia en la expresión y precisión en el enfoque.

Finalmente, el panorama lingüístico actual de España, con sus variedades —regionales, dialectales o vulgares—, la supervivencia sefardí y la ramificación hispanoamericana, son objeto de los tres últimos capítulos.

Son abundantes las correcciones que se hacen a la primera edición, de pequeños detalles—grafías, ejemplos—la mayor parte, y de interpretación o enfoque algunas otras. Destacamos entre estas últimas la nueva explicación de la palabra *pagano* (pág. 49) por contraposición del «paganus» (paisano, civil) al «miles» («miles Christi»), sin acoger la dada en la primera edición, de habitante del «pago» o aldea a donde la nueva fe llegó más tarde.

En cuanto a las adiciones introducidas, mucho más abundantes que las correcciones, y abundantísimas en cuanto a la bibliografía, hemos de mencionar las más importantes: Las lenguas de la España prerromana, con los últimos adelantos sobre la interpretación de sus alfabetos (págs. 18-19); sobre el vascoence se da paso a la teoría conciliadora entre las que le dan un origen camítico o lo emparentan con los pueblos caucásicos (pág. 21); de los primeros invasores germanos—vándalos, alanos y suevos—y sus pequeñas reliquias toponímicas (págs. 83-84); del arabismo y de su apogeo y decadencia (págs. 107 a 109); sobre la lírica mozárabe (págs. 139-40); del lenguaje poético de Garcilaso (pág. 203) y de San Juan de la Cruz (págs. 209-10), y —prescindiendo de otras muchas adiciones—del Canario, en un párrafo breve —como es breve toda la atención dedicada a lo regional y dialectal—en el que se esboza una fonética y un léxico de gran semejanza con el andaluz, sobre el elemento autóctono guanche (págs. 314-15).

Cuatro mapas ilustran la presente edición, conservando tres de los publicados en la anterior («Primitiva repartición de algunos caracteres fonéticos diferenciales», «la expansión castellana» y «el Andaluz» (y sustituyendo el del «dialecto castellano hacia 1100» por el de «extensión aproximada del yeísmo y el poseo en Hispanoamérica»), ganando todos en pulcritud y claridad al ser presentados limpiamente y en color.

Algunos deseos querríamos exponer con respecto a esta valiosa aportación a la bibliográfica lingüística española, y es el primero la falta de citas concretas en la mayor parte de los abundantes ejemplos de frases o textos literarios que ilustran la obra. Otros, la ausencia de esos signos fonéticos tradicionales que representan, por ejemplo, a los sonidos *ts* y *ds* las grafías antiguas Ç y Z, y alguna observación que atañe, concretamente, a lo regional o dialectal. Por ejemplo: la aspiración que hace el murciano de la S final de sílaba, ensordeciendo, a veces, la consonante siguiente, produce como una reduplicación de esa consonante; así se dice *effaratar* más bien que *efaratar* (página 305) por «desbaratar». Del mismo modo: *laf folah* y no *la folah* (por «las holas»), *laf facah* y no *la facah* (compárese esta pronunciación con *la faca* = cuchillo corvo), por «la vaca», se pronuncia con B fricativa. La reduplicación ocurre en muchos otros casos: *lom muloh* («los mulos»), *lad doh* («las dos», «las diez», «los días»), etc. (Vid. García Soriano «Vocab. del Dial. Murc.», p. LXXVIII, comprobado por mí en varios puntos).

Sobre el trueque entre las consonantes R y L, parece que es más frecuen-



te en Murcia R por L (*cardero, barcón, farda*) que L por R (*cuelpo, cuelda*). Y en cuanto al sufijo diminutivo *-iquio* (corrupción del aragonés *-ico*, que también se da en murciano, representando una clase media entre el vulgar *-iquio* y el culto *-ito*) hay que decir que no es esa su pronunciación, aunque sea ese el modo más aproximado de representarlo; se hace con un sonido, intermedio entre K y Ch (\tilde{C}), pero más cercano al palatal que al velar, y con oscilaciones (quizás variaciones extrafonológicas) hacia uno u otro: *pequeñik-cho*, que no es ni *pequeñiquio* ni *pequeñicho*. Es el mismo sonido pospalatal tan frecuente en Canarias que produce asimismo las confusiones gráficas entre Ch y K: *Benchomo* y *Bencomo* (con pronunciación intermedia) se llama allá a uno de los más famosos equipos de lucha canaria.

Y ya que hablamos del canario, tratado en esta edición por vez primera, hemos de añadir otro aspecto interesante, y es la aspiración de la H hasta llegar a una J marcadísima. Sólo presentamos el curioso ejemplo, oído en Tenerife, de *Majoreros*, gentilicio aplicado a los habitantes de Lanzarote, del nombre guanche de la isla, Maoh. Cfr. las formas italiana *Mahoreri*, y portuguesa *Majoreiros*. (Vid. el importante estudio de Wilhelm Giese, «Acerca del carácter de la lengua guanche». Publicaciones de la Universidad de La Laguna, Facultad de Filosofía y Letras. La Laguna de Tenerife, 1949, pág. 6, nota 12).

De otra índole ya, tal vez se podía haber pedido un índice general de las numerosas palabras estudiadas o citadas en el texto, tan necesario para el continuo manejo de esta clase de trabajos.

Hemos observado unas pocas erratas no incluidas en la relación final: *de* por *d* (pág. 148, línea 18), *i* por *t* (pág. 295, l. 4), *africativa* por *fri-cativa* (pág. 318, l. 12) y alguna otra insignificante.

Y para terminar nos vamos a permitir pedir al Sr. Lapesa que para la tercera edición, que no se hará esperar tanto como la segunda, amplíe aquellos puntos que sólo han quedado esbozados, reuniendo los datos que quedan dispersos en bibliografía no siempre asequible, e ilustrando cada episodio de la historia de nuestra lengua con muestras literarias adecuadas, a cambio de la breve antología suprimida.

E. Aranda

Seminario de Filología Románica

Dr. L. Blas.—DISOLVENTES Y PLASTIFICANTES.—Aguilar, S. A. de Ediciones; Madrid, 1950. XIX, 169 pág.

Con esta nueva obra del Dr. Blas se incrementa la colección de Química y Tecnología Química con que Aguilar, S. A. de Ediciones nos está favoreciendo.

Después de una introducción en la que se describen los procesos de solu-



bilidad, trata en el primer capítulo de las propiedades físicas de los disolventes que pueden tener interés técnico, describiendo para cada una de ellas los métodos más destacados para su determinación.

En el segundo capítulo se destaca la importancia que actualmente tienen los disolventes con sus aplicaciones más señaladas en la industria, la recuperación de ellos, las precauciones que deben tenerse en su manejo y la toxicidad de los mismos.

En los cuatro capítulos siguientes se estudian, agrupados por funciones, las características, aplicaciones y constantes de los disolventes actualmente más conocidos y empleados, comprendiéndose en total 113 sustancias distintas.

El último capítulo de la obra se dedica brevemente al estudio de los plastificantes, limitándose a dar las características de los usados con más frecuencia.

Dada la importancia que de día en día va teniendo en la industria el empleo de los disolventes, la obra del Dr. Blas resulta de un valor inestimable.

La edición, tan esmerada como Aguilar, S. A. de ediciones nos tiene acostumbrados.

E. Monllor

